

que mañana iremos á Norfolk y le podemos decir algo á ese hombre respecto de su asunto.

Confieso que, á pesar de lo despierta y excitada que estaba mi curiosidad, no me atreví á preguntar nada á Holmes. De sobra sabía que, enemigo de hablar antes de tiempo, no querría decirme nada hasta que tuviera contestación al telegrama que acababa de po...

III

Pasaron dos días.

Holmes no podía disimular su impaciencia, y cada vez que llamaban á la puerta no aguardaba á que abriese la criada, sino que corría á hacerlo él mismo. Por fin el segundo día por la tarde llegó una carta de Hilton Cubitt, en la cual decía que todo marchó perfectamente hasta aquella mañana en que encontró en la piedra del reloj de sol una inscripción cuyo facsímil acompañaba. Los monigotes estaban dispuestos de la forma que marca la figura 5.^a

Holmes examinó la inscripción largo rato, y de pronto se levantó bruscamente, lanzando un grito de angustioso asombro.

—¿Qué pasa?—pregunté.

—¡Nada!—contestó mi compañero.—¡Que hemos perdido demasiado tiempo! ¿Sabéis de algún tren que nos pueda llevar esta misma tarde á Nort-Walsham?

Nunca le había visto tan inquieto; su voz tenía un acento de sincera angustia.

Consulté la guía. Ya era tarde. El último tren había salido media hora antes. Holmes lanzó un juramento.

—¡...! En fin ¡qué se va á hacer!—continuó dejando caer la cabeza sobre el pecho.—Mañana madrugaremos para tomar el primer tren. Es indispensable nuestra presencia allá...

Fué interrumpido por la entrada de la señora Hudson con un telegrama en la mano. Holmes la arrebató el sobre azul y lo rasgó precipitadamente.

—¡Al fin! Este telegrama, amigo Watson, viene á ratificarme en mi idea de salir mañana mismo para Norfolk. Hay que sacar cuanto antes á Hilton Cubitt del avispero en que está metido.

Ya comprenderás, lector, como me iba interesando poco á poco en este asunto, que me pareció tan pueril al principio y que conforme iba pasando tiempo me llenaba de un terror inconsciente á algo inesperado y desconocido.

Si yo fuese un novelista y pudiera fantasear á mi gusto, procuraría dar á esta historia un desenlace menos trágico del que en realidad tuvo. Pero no puedo. Fiel historiador de los hechos, me veo en la necesidad de ser verídico y seguir paso á paso este suceso, que le prestó á Riding Thorpe Manor unos días de triste resonancia en toda Inglaterra.

Figura a quinta

A la mañana siguiente, apenas bajamos del tren en la estación de North Walsham, se nos acercó el jefe.

—¿Sois los *detectives* que debían llegar hoy de Londres?—nos preguntó ansiosamente.

Una sospecha inquietó el semblante de Holmes.

—¿Por qué lo preguntáis?

—Hace un momento ha llegado el inspector Martín de Norwich. Todavía no ha muerto; por lo menos según las últimas noticias que he recibido. Tal vez lleguéis á tiempo de salvarla.

La frente de Holmes se oscureció más aún.

—Efectivamente—contestó.—Nosotros vamos á Riding Thorpe Manor; pero no sabemos una palabra de lo ocurrido.

—¡Una cosa horrible, señores!—exclamó el jefe de estación.—¡Una verdadera desgracia! Según parece, la esposa del Sr. Hilton Cubitt ha matado de un tiro á su marido, y después volvió el arma contra sí, y está herida gravemente. ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia! ¡Una de las familias más consideradas y más nobles del condado!

No perdimos el tiempo en palabreos inútiles. Saltamos sobre el primer coche que se presentó á nuestra vista, y durante las siete millas del trayecto Holmes no pronunció una sola palabra. Pocas veces le ví tan preocupado.

Ya durante el viaje noté su agitación y el afán con que leyó los periódicos de la mañana; pero en cuanto vió realizados sus temores, cesó de agitarse, y

acurrucándose en un rincón del coche cerró los ojos, y sólo por las contracciones de la frente adiviné la turbulencia y trabajo de su cerebro.

Sin embargo, nada tan hermoso ni digno de admirarse como el paisaje que íbamos atravesando. Entre el verdor de la campiña luchaban las dos épocas: la nuestra, glacial, febril y caprichosa, representada por los *chelets* y los hoteles y las blancas casitas, y la otra, evocación de la vieja y austera Inglaterra, con sus castillos y cúpulas y las torres de sus iglesias enamoradas del cielo azul.

Sobre el verdor de los campos apareció el añil del mar, y el cochero me señaló con la fusta una casa de ladrillo que asomaba á trechos entre los árboles.

—Ahí tenéis la posesión de Riding Thorpe.

Un minuto después llegamos á la verja que rodeaba el jardín y en seguida noté la caseta de madera y el reloj de sol que habían jugado un papel tan importante en el misterioso suceso. No habíamos hecho más que bajarnos del carruaje cuando se llegó á nosotros un hombre alto y escueto, con largos y engomados bigotes, que se presentó á sí mismo como el inspector Martín, de la policía de Norfolk.

Al decirle Holmes su nombre no pudo contener una exclamación de asombro, y continuó:

—El crimen, Sr. Holmes, ha tenido lugar á las tres de la madrugada. ¿Cómo demonios os habéis arreglado para saberlo en Londres y llegar aquí al mismo tiempo que yo?

—No lo sabía; lo esperaba y por eso vine, para impedirlo.

—Según eso debéis saber muchas cosas que nosotros ignoramos todavía.

—Muchas, no. Únicamente las danzas de unos monigotes.

El inspector provinciano se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Las danzas de unos monigotes?

—Sí; pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora, puesto que ya se ha cometido el crimen, lo principal es que intentemos hallar los medios de castigarlo. ¿Queréis que verifiquemos las primeras diligencias juntos ó preferís que obremos cada uno por su cuenta?

—Para mi, Sr. Holmes, será un gran honor que os dignéis asociarme en vuestros trabajos—contestó el policía Martín con sincera humildad.

—Conformes. Entonces, si os parece, vamos á examinar la casa y todas sus dependencias lo primero.

El inspector Martín tuvo el buen acuerdo de dejarle á Holmes obrar á su gusto, limitándose á ir anotando las observaciones y los descubrimientos que éste iba haciendo.

Precisamente al ir á entrar en la casa nos encontramos con el médico del pueblo que venía de reconocer á los esposos Cubitt.

Era un viejecillo simpaticón y amable, que contestó cumplidamente al interrogatorio de Holmes.

Según dijo, la señora Cubitt, aunque gravemente herida, podía salvarse. La bala había atravesado el cerebro y había de pasar, por lo tanto, mucho tiempo antes de que la víctima recobrase el conocimiento. También dijo que la forma de la herida no permitía asegurar si se trataba de un suicidio ó de un asesinato. Lo único que podía decir era que el revólver—el cual se encontró en el suelo con dos cápsulas gastadas—fué disparado muy cerca de la sién. Respecto á Hilton, recibió la bala en medio del corazón y nada parecía indicar si fué el marido quien disparó sobre la mujer ó ésta sobre aquél, porque el revólver yacía á igual distancia de ambos.

—¿Han levantado los cadáveres?—preguntó Holmes.

—Nada más que á la mujer. Dada la gravedad de su herida hubiera sido una inhumanidad dejarla tal como estaba.

—¿Desde cuándo estáis aquí, doctor?

—Desde las cuatro de la mañana.

—¿Hay alguien más?

—Sí; el *constable* (1).

—¿Habéis tocado algo?

—Nada.

—Muy bien. ¿Quién os avisó?

—La señorita Saunders.

—¿Quién es esa señorita?

—La doncella.

(1) Agente de policía.—(N. del T.)

—¿Ha sido ella la que descubrió el crimen?

—Ella y mistress King, la cocinera.

—¿Dónde están?

—En la cocina supongo.

—Vamos á verlas.

En un espacioso salón de amplios ventanales, con artesonados de nogal, establecimos una especie de tribunal. Holmes se sentó en medio en un butacón fruiluno, y á ambos lados nos colocamos el inspector Martín, el médico de blanca cabellera, el *constable*, mocetón forzado y de ojos cándidos, y yo. Holmes apoyó la barba entre las manos, y de la palidez de su rostro surgían las dos llamaradas de las pupilas.

El improvisado juez mandó llamar á la doncella y á la cocinera, las cuales declararon lo siguiente:

A eso de las tres de la madrugada las despertó el ruido de una violenta detonación, al cual siguió, con corto intervalo de tiempo, otra. Como ambas sirvientas dormían en cuartos distintos, mistress King fué en busca de su compañera y juntas descendieron al piso bajo. La puerta del despacho estaba abierta de par en par, y encima de la mesa había una vela encendida. El Sr. Cubitt yacía boca abajo en medio de la habitación. Cerca de la ventana y con la cabeza apoyada contra el muro estaba la señora. Respiraba dificultosamente; un río de sangre resbalaba por uno de los lados de la cara, empapando sus vestidos y encharcando el suelo. Una humareda espesa y oíente á pólvora llenaba el cuarto y salía lentamente al

pasillo. La ventana estaba cerrada por dentro. En seguida la doncella corrió á avisar al médico y á la policía, y mientras tanto, la cocinera, auxiliada del *groom* y del lacayo, transportaron á la señora á la cama, que presentaba señales de haber dormido en ella los dos esposos. Estaba completamente vestida; pero su marido no llevaba más que una bata encima de la camisa de dormir. También aseguraron las declarantes que en el despacho no se notó la menor señal de lucha, y que el matrimonio Cubitt se llevaba perfectamente, dando pruebas de quererse mucho. Además, aseguraron que todas las puertas estaban cerradas por dentro, y que el olor á pólvora lo notaron en cuanto salieron de su cuarto.

—Fijáos bien en este último detalle—dijo Holmes al inspector Martín, que inclinó la cabeza asintiendo gravemente.—Y ahora, si os parece bien, vamos á ver el lugar del suceso.

El despacho era una habitación no muy grande, y tres de cuyas paredes estaban cubiertas por las estanterías de la biblioteca. Cerca de la ventana—que daba al jardín—estaba la mesa.

Desde el primer momento toda nuestra atención se concentró en el cadáver del misero Hilton Cubitt. El desorden de sus vestidos indicaba que le sorprendieron en pleno descanso. El asesino debió disparar el arma estando frente á frente de él, porque la bala entró en el corazón y no salió, causándole una muerte instantánea. No se encontraron sobre él señales de pólvora, y en cambio, según declaró el

médico, su mujer sí las tenía, aunque nada más que en la cara.

—Después de todo, esto no tiene importancia—dijo Holmes.—No tratándose de cartuchos de construcción muy defectuosa, pueden hacerse infinitos disparos sin mancharse lo más mínimo de pólvora. ¿No le habéis extraído la bala todavía á mistress Cubitt, doctor?

—Todavía no. Hay que hacerla antes una operación muy peligrosa. Mirad; aquí tenéis el revólver. Como véis, es de cuatro tiros, y no faltan más que dos cartuchos, los dos que...

—Entonces—interrumpió Holmes—¿cómo os explicáis ese agujero de la contraventana y que indudablemente ha sido hecho de un balazo?

Todos nos volvimos, y siguiendo la dirección que marcaba el afilado dedo de Holmes, vimos que tenía razón.

—¡Demonio!—exclamó el inspector.—¿Cómo habéis descubierto eso!

—Porque lo he buscado.

—¿Que lo habéis buscado?

—¡Es prodigioso!—exclamó el doctor.—Entonces si existe un tercer balazo—lo cual es indudable—demuestra la intervención de una tercera persona. ¿Pero quién es esta tercera persona? ¿Por dónde ha lo grado escapar?

—Eso es lo que nos falta saber—contestó Holmes.

—Ya recordaréis, inspector Martín, que os hice observar la importancia de esa afirmación de las cri-

das cuando dijeron en su declaración que el olor de la pólvora lo notaron en cuanto salieron de su cuarto.

—Sí; lo recuerdo, pero yo no veo...

—Ahora veréis. Esta observación me hizo comprender que cuando se dispararon los dos tiros la puerta y la ventana estaban completamente abiertas, pues de otro modo no se hubiera extendido tan pronto el olor y el humo por toda la casa. Era preciso que hubiera una corriente de aire. Sin embargo, me parece que la puerta y la ventana no estuvieron abiertas mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque la vela no se ha corrido.

—¡Asombroso!—exclamó el inspector.—¡Asombroso!

—Ya una vez seguro de que la ventana estaba abierta en el momento del drama, ya no resulta tan descabellada la idea de un tercer personaje que debió disparar desde el jardín. Al contestarle desde el interior hicieron el agujero ese de la ventana.

—¿Y quien cerró, entonces, las contraventanas?

—Sin duda la mujer lo haría inconscientemente para... ¿Qué es esto?

Sobre la mesa había un magnífico saco de mano de piel de cocodrilo con adornos de plata. Holmes lo abrió, hallando dentro veinte billetes del Banco de Inglaterra de cincuenta libras esterlinas cada uno sujetos con una goma.

—Tomad—dijo mi compañero entregándole al inspector el saco y los billetes.—Hay que guardar

eso como una prueba de convicción. Y ahora volvamos á estudiar cómo y por quién se disparó este tercer tiro. ¿Tenéis la bondad de llamar á mistress King.

Al poco rato la cocinera entraba en la habitación.

—Según habéis declarado hace un momento—la dijo Holmes,—anoche os despertó el ruido de una violenta detonación. ¿Queréis decir con esto que la primera fué más fuerte que la segunda?

—No lo sé á punto fijo. Desperté con tal sobresalto, que no podría afirmarlo sin temor de equivocarme. Lo único que sé es que fué una detonación tremenda.

—¿No serían dos tiros á la vez?

—No sé.

—Éstá bien; podéis retiraros. Aquí ya no hacemos nada, señores. Si no tenéis inconveniente vamos al jardín. Tal vez allí descubramos algo más.

Debajo de la ventana del despacho había un cuadrado de césped y de flores. En cuanto llegamos á un grito de asombro salió de todas las bocas. Las flores estaban destrozadas y sucias, y el césped estaba cubierto de las huellas de un pie hombruno extraordinariamente puntiagudo y afilado. Holmes se endió boca abajo y registró minuciosamente. De pronto lanzó un grito triunfal y se levantó enseñándonos un pequeño cilindro de cobre.

—¡Aquí está!—exclamó.—Bien decía yo que había una tercera persona y que esta tercera persona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY

disparó desde el jardín. Estoy satisfecho, señor inspector. Las pesquisas no han podido dar mejor resultado.

El buen inspector Martín estaba estupefacto, aturdido. Al principio desconfió algo de aquel aficionado de quien tantos prodigios habían dicho los periódicos; pero luego al ver como iba descubriéndolo todo, se le rindió y estaba dispuesto á obedecerle ciegamente.

—¿Qué? ¿Sabéis algo? ¿Sospecháis algo?—preguntó respetuosamente.

—Permitidme que calle por ahora. Estamos ya tan adelantados que más vale dejarme obrar sin preguntarme nada.

—Como gustéis, Sr. Holmes. ¡Con tal de que logremos coger al asesino!...

—De eso os respondo. Ahora mismo tengo en la mano todos los hilos de este asunto, y aunque la señora Cubitt no recobrará el conocimiento podríamos perfectamente reconstituir en todos sus detalles el drama de anoche. Decid, ¿hay en las cercanías alguna posada que lleve el nombre de Elrige?

Se preguntó á los criados. Nadie conocía semejante nombre. Sólo el lacayo recordó que un individuo que se llamaba así tenía una casa de labor á algunas millas de distancia, cerca de East-Ruston.

—¿Está muy solitaria esa casa?

—Sí, señor; muy solitaria.

—Entonces no habrá llegado todavía allí la noticia de lo ocurrido esta noche en esta casa.

—Es probable que no.

Holmes reflexionó unos segundos; luego levantó la cabeza y, con una extraña sonrisa en los labios, dijo:

—Váis á montar á caballo, muchacho, y á todo galope llevaréis una carta á casa de Elrige.

Sacó del bolsillo los papeles llenos de monigotes, y colocándolos extendidos en la mesa, de modo que los viera perfectamente, se puso á escribir. Luego se levantó y le entregó la carta al muchacho, recomendándole muy especialísimamente que no la entregara á nadie más que al destinatario y, sobre todo, que no contestara á ninguna pregunta. Mientras le hacía estas recomendaciones me fijé en el sobre, escrito con una letra muy distinta á la habitual de Holmes y que decía lo siguiente:

PARA EL SR. ABE SLANEY

En casa de Elrige.

EAST RUSTON

(Norfolk.)

—Me parece, amigo Martín—continuó Holmes dirigiéndose al inspector,—que debíais pedir telegráficamente una escolta, pues si se realizan las cosas tal como espero, tendréis que conducir á la cárcel del condado un individuo muy peligroso. Este muchacho podía también encargarse del telegrama. Respecto á nosotros, querido Watson, esta noche

dormiremos en Baker Street. Este asunto está ya dando las boqueadas.

Cuando marchó el lacayo, Holmes ordenó á las criadas que si venia alguien preguntando por mister Hilton Cubitt que no le dijeran una palabra de lo ocurrido y le condujesen directamente al salón adonde subimos los dos con el inspector Martín, pues el doctor se marchó á cumplir con sus obligaciones.

Nos sentamos cómodamente en amplios butacones. Puso Holmes encima de la mesa los papeles llenos de monigotes, y con aquella entonación grave y frívola á un tiempo mismo, empezó á hablar.

—Como tenemos lo menos una hora por delante, voy á intentar hacérosla pasar del modo más interesante é instructivo posible. Vos, Watson, me váis á dispensar que no haya satisfecho antes vuestra legítima curiosidad, y vos, inspector Martín, fijáos mucho en lo que voy á decir, porque tal vez os sirva de mucho en vuestra carrera. Y basta de preámbulo.

Hizo una breve pausa, la pausa de todos los oradores que saben, á pesar de la atención de sus oyentes, luego continuó:

—Aquí tenemos estos dibujos que, á no ser porque han figurado como prólogo ó preludeo en este reciente drama, arrancarían una sonrisa. Tales son su gracil, su ingenua desenvoltura, y de tal manera son cómicas las danzas, que desde el primer momento comprendí que se trataba de unos signos convencionales, de un alfabeto secreto. Sin embargo, y á pesar de que yo creía conocer todas las escrituras

secretas, á pesar de que soy autor de una obrita en que se estudian ciento cincuenta sistemas diferentes, confieso que éste me era desconocido en absoluto. Indudablemente los autores ó inventores lo adoptaron como uno de los más hostiles al análisis y á la lectura, no teniendo la clave. Efectivamente; todo el que vea una inscripción de éstas no puede menos de atribuirle á la mano inexperta de un muchacho. Pero á mí no lograron engañarme, y en seguida apliqué las reglas que existen—la mayor parte de ellas creadas por mí—para descifrar todas las escrituras secretas. Trabajo me costó, pero salí triunfante de la empresa.

El primer mensaje que llegó á mis manos era tan corto que no pude averiguar más que la significación de este signo. (Fig. 6.^a)



Figura sexta.

Ya sabéis que la letra E es la que se emplea con más frecuencia en el alfabeto inglés, y es tal su predominio, que hasta en las frases más cortas se encuentra una vez por lo menos. Ahora

bien; de los quince signos que componían la primera inscripción, cinco eran semejantes, y, por lo tanto, no era muy descabellada la suposición de que correspondían á la letra E. También noté que la figura representativa de la E tenía á veces una bandera; pero á juzgar por el modo en que estaban dispuestos los tales *abanderados*, deduje que se empleaban únicamente para separar las palabras entre sí.

Una vez sentadas estas hipótesis, quedaba la par-

te más peliaguda del asunto. Después de la E, las demás letras se emplean indistintamente y sin predominio de unas sobre otras. Haciendo el recuento en la página de un libro, ví que podía establecerse un orden de empleo—numérico, por decirlo así—semejante á éste: T, A, O, I, N, S, H, etc.; pero como esto resultaba muy pesado, decidí cambiar de sistema y esperar una segunda prueba. Pasados unos días, el Sr. Cubitt fué á verme y me entregó dos frases pequeñas, y luego una inscripción donde no había *abanderado*, lo cual demostraba que era una sola palabra. Aquí están. Esta palabra que, como véis, se compone de cinco letras y cuya segunda y cuarta son E, ¿sería *sever* (1), *lever* (2), ó *never*? (3). Como de estas tres palabras la última era la más lógica, pues tenía todo el aspecto de una contestación, deduje que debió ser dibujada por la joven como respuesta á los mensajes anteriores. Partiendo, pues, de este principio, era indudable que los signos (fig. 7.^a):



Figura séptima

- (1) *Sever*: Dividir, separar.
- (2) *Lever*: Palanca.
- (3) *Never*: Nunca. (N. del T.)

correspondían á las letras N, V y R. Ya conocía cuatro letras; pero no tenía bastante, y entonces pensé que la contestación de la señora Cubitt debía de referirse á los mensajes anteriores, y que el autor de éstos debía ser una persona que la conoció íntimamente en otra época.

Así, pues, se me ocurrió que si descubría una palabra de cinco letras, de las cuales la primera y la última fueran E, debía de ser *Elsie*, nombre de la joven. Miré los mensajes anteriores y ví que, efectivamente, esta combinación terminaba la frase en tres inscripciones diferentes. Ya resultaba indudable que las tres letras intermedias eran L, S é Y. Faltaba saber si era una súplica ó una imposición lo que decían los monigotes. Entonces me fijé en la palabra anterior á *Elsie*, que se componía de cuatro letras y que terminaba también en E. ¿Sería *cosne*? (1). Examiné otras palabras también de cuatro letras y terminadas en E, pero ninguna encajaba en mi suposición. Como véis, ya conocía otras tres letras más—C, O y M—y por lo tanto podía intentar la solución del primer mensaje. Escribí, pues, las letras que conocía, sustituyendo por puntos las ignoradas, y resultó la siguiente combinación:

.M .ERE ..E S..NE.

La primera letra de la inscripción debía de ser una A, puesto que, siendo tan corto el mensaje, apare-

(1) *Cosne*: *venid*. (N. del T.)

cía tres veces. Luego pensé que la otra podía ser una H. Hice la prueba y obtuve la siguiente frase:

AM HERE A.E SLANE.

Y reemplazando los puntos por una B y una Y, que estaban indicadísimas, resultó:

AM HERE ABE SLANEY (1)

Tenía ya tal número de letras conocidas, que me sería muy fácil descifrar el segundo mensaje. Valiéndome, pues, de los conocimientos adquiridos, escribí lo siguiente:

A. ELRI.ES

La frase no podía formar sentido más que añadiéndole una T y una G. Es decir:

AT ELRIGES (2)

Y entonces comprendí que esta palabra *Elriges* sería el nombre de la posada ú hotel ó el del dueño de la casa donde estuviera el desconocido.

—¿Y qué hicisteis entonces?—interrumpió el inspector Martin, que, como yo, había seguido atentamente las explicaciones de Holmes.

—A juzgar por el nombre *Abe Slaney*—prosiguió Sherlock—debía de ser un americano quien escribía tales mensajes (3), y si recordamos que la carta que

(1) *Estoy aquí, Abe Slaney*—*Abe Slaney* era el nombre del autor del mensaje. (N. del T.)

(2) *En casa de Elriges*. (N. del T.)

(3) *Abe* es una contracción americana de *Abel*. (N. del T.)

recibió la mujer de Cubitt antes de aparecer los monigotes llevaba sellos americanos, la suposición tenía muchos visos de certeza. Además, las alusiones de Elsie á su vivir pretérito, la falta de confianza en su marido, parecían afirmar también la hipótesis. Entonces puse un telegrama á mi amigo Wilson Hargreave, de la policía de New York, y el cual me debe algunos favores, preguntándole si conocía á un tal Abel Slaney. Aquí tenéis el telegrama-respuesta:

—*«Es el bandido más peligroso de Chicago.»*

La misma tarde en que recibí esta contestación, Hilton Cubitt me mandó el último mensaje de Slaney, y después de sustituir los monigotes por letras, según la clave, obtuve lo siguiente:

ELSIE RE.ARE TO MEE THYGO.

Añadí una P y una D y al leer:

ELSIE RE.PARE TO MEE THYGOD (1)

comprendí que el bandido había pasado de las súplicas á las amenazas y que no tardaría en poner en práctica estas últimas. Inmediatamente salimos mi amigo y yo en dirección de Norfolk, pero desgraciadamente llegamos tarde. El crimen se había cometido ya.

—Nunca me felicitaré ni os agradeceré bastante que hayáis intervenido en este asunto—exclamó calurosamente el inspector Martín.—Sin vos yo no

(1) Elsie: prepárate á comparecer ante Dios.—(N. del T.)

hubiera sabido hacer nada. Sin embargo, permítidme una reflexión. Perdonad, pero se trata de mis jefes, ante los cuales tengo que justificar y explicar mi conducta. Si ese Abe Slaney, que estaba ó está en casa de Elrige es realmente el asesino, ¿no os parece que puede muy bien escaparse mientras hablamos aquí tranquilamente?

—Perded cuidado. No se escapará.

—¿Por qué?

—Porque su huída demostraría su culpabilidad.

El inspector Martín se levantó.

—¿Dónde váis?—preguntó Holmes.

—En busca de ese hombre.

—No hace falta. Dentro de un momento estará aquí.

—¿Aquí?

—Sí; le he citado.

—Pero ¿vendrá?

—Vendrá.

—¿Y no será posible que vuestra carta en lugar de obligarle á venir le incite á emprender la fuga?

—Creo que no. Me parece que he sabido... Pero ¡calla! ¡Ahí está!... Ese hombre que entra en el jardín es él.

El inspector Martín y yo nos acercamos á la ventana. Efectivamente. Por una de las avenidas venía un hombre alto y de porte distinguido. Tenía el rostro quemado por el sol y sobre la barba negra y enmarañada descendía una nariz aquilina. Vestía traje de franela gris, un sombrero Panamá le cubría hasta

los ojos y los dedos de la mano derecha jugueteaban con el bastón. Viéndole avanzar con aquella jactancia y aquella tranquilidad, nadie diría que se trataba de un asesino dirigiéndose al teatro de sus crímenes, sino un honrado propietario que volvía á su casa después de un corto paseo.

—Yo creo, señores—dijo Holmes con la mayor tranquilidad—que debemos escondernos detrás de la puerta y en cuanto entre echarnos encima de él. Tratándose de un canalla semejante todas las precauciones son pocas. Tened preparadas las esposas, inspector Martín. Y ahora, ni una palabra más.

Permanecemos en silencio durante un minuto, uno de esos minutos que nunca se olvidan.

Por fin se abrió la puerta. Entró el asesino. En un abrir y cerrar de ojos, Holmes le apoyó en la sien el cañón del revólver, y Martín le encerró los puños en las esposas de hierro. Con tal rapidez se le atacó que antes de que se pudiera dar cuenta, se vió sujeto é impotente para hacer la menor resistencia. Sus ojos lanzaron sobre nosotros rayos de cólera y de odio. Después soltó una estruendosa carcajada.

—¡Está bien, señores! Veo que no trato con tontos. Pero no me explico la razón de este atropello. Yo venía aquí citado por una carta de la señora Cubitt. ¿Ha sido ella la que me ha tendido un lazo? ¿Verdad?

—La señora Hilton Cubitt—contestó Holmes—está gravemente herida y tal vez muera antes de mañana.

Slaney lanzó un grito de dolor que hizo retemblar los cristales.

—¡Mentira! ¡El herido fué él!

—Y ella—repuso Holmes.

—¡No, no puede ser!—añadió el presunto asesino, temblorosa la voz y llameantes las pupilas.—¿Quién se iba á atrever con ella? Yo podré amenazarla de palabra, pero antes dejaría de existir que tocar á uno sólo de sus cabellos. Pero no, eso es una broma vuestra. Elsia no está herida, ¿verdad que no?

—Desgraciadamente es verdad. Se la encontré mortalmente herida junto al cadáver de su esposo.

Slaney se derrumbó en un sillón, y ocultando la cara entre las aherrojadas manos, sollozó largo rato. Luego, levantando la cabeza y con la desesperación pintada en el rostro, dijo:

—¡Voy á deciroslo todo, señores!—exclamó.—Os juro que si disparé sobre Cubitt fué en legítima defensa, contestando á su agresión. El fué quien disparó primero. Respecto á la herida de Elsia, yo no soy responsable. Nada más lejos de mí que hacerla el menor daño. Yo os juro que no existe ningún hombre en el mundo que ame á una mujer como yo quise y la quiero á ella. Además, en este caso, yo no hacía más que reclamar lo mío. Cuando ese maldito inglés se metió por medio, Elsia era mi prometida.

—No fué el inglés, sino vuestro comportamiento y vuestras inclinaciones lo que os separó. Cuando conocí á Hilton Cubitt fué después de huir de América y de vos. Vos destrozásteis su vida hasta el

punto de obligarla á abandonar á su marido, al hombre que más quería en este mundo, para seguiros á vos, el hombre á quien odiaba con toda su alma. Y para terminar, Abe Slaney, vos soís responsable de la muerte de Cubitt y del suicidio de su esposa. De ambos crímenes responderéis ante la justicia.

El americano se encogió de hombros.

—¡Muerta Elsia, todo me tiene sin cuidado!

Hizo un esfuerzo, y abriendo una de las manos, mostró la carta de Holmes.

—Sin embargo, no sé por qué se me figura—continuó con una leve sospecha en las crueles pupilas—que me estáis mintiendo. Si esa mujer está tan gravemente herida como decís, ¿quién me ha escrito esta carta?

—Yo—contestó Holmes.

—¿Vos?

—Sí; yo.

—¡Mentira! Nadie, excepto nosotros, conocía el secreto de los monigotes bailarines.

—Lo que un hombre puede inventar, puede ser descubierto por otro hombre—dijo Holmes sonriendo.—Pero en fin, no se trata ahora de eso. Dentro de poco llegará un coche que os ha de conducir hasta las autoridades de Norwich. Mientras tanto, váis á reparar en lo posible el mal que habéis hecho. ¿Sabéis que han acusado á la señora Cubitt de la muerte de su esposo, y que á no ser por mi intervención en este asunto, la gente y la justicia hubieran permanecido en esta creencia? Lo menos que po-

déis hacer es decir claramente que ella no ha intervenido de ningún modo en la muerte de su esposo.

—¡No deseo otra cosa!—exclamó el americano.—En mi propio interés está que se sepa la verdad de los hechos. Ya he dicho antes que todo me tiene sin cuidado, y que si ella muere mi vida no tendrá razón de sér.

—Entonces, ¿queréis contarnos cuándo y dónde conocisteis á Elsia?—dijo Holmes.

—Hace algunos años—empezó Slaney—se constituyó en Chicago una sociedad de malhechores, de la cual formaba yo parte, y cuyo jefe era el viejo Patrick, padre de Elsia. El fué quien inventó esa escritura secreta que, á no tener la clave, parece un entretenimiento infantil. Elsia vivió algún tiempo con nosotros, pero cansada de aquella vida y con algunos ahorros que ganó honradamente, se vino á Londres. Antes de abandonar á América estaba convenida nuestra boda, y tal vez se hubiera verificado á renunciar yo mi profesión, pues ella no quería tener el menor contacto con la banda. Pasado algún tiempo me enteré de su matrimonio con Cubitt y del lugar donde vivía, y la escribí dos cartas. No me contestó. Entonces vine aquí y empecé á dibujar en sitios donde ella pudiera ver todas esas inscripciones que ya conocéis.

Hace un mes que estoy aquí. En la granja de Elriges, donde alquilé un cuarto bajo con objeto de poder salir por la noche sin que nadie se enterara. Procuré por todos los medios posibles que Elsia se

escapara conmigo, sin conseguirlo. Sin embargo, me consta que leía mis ruegos, porque un día leí una negativa rotunda que escribió debajo de mi petición. Perdí la paciencia y empezaron las amenazas. Entonces ella me escribió suplicándome que la dejara en paz, que estaba destrozando su vida y que aquella noche, mientras su marido estuviera acostado, se asomaría á las tres de la mañana en la ventana del despacho y me daría el último adiós. Así fué. Cuando dieron las tres ella apareció en la ventana, y alargándome un saquito lleno de dinero, me rogó que la dejase, que volviera á América. Perdí la razón, y cogiéndola por las muñecas, intenté sacarla de la habitación y arrastrarla conmigo. En aquel momento apareció el marido con un revólver en la mano. Elsie cayó desmayada y él y yo nos encontramos frente á frente. Para asustarle saqué el revolver, y él entonces disparó el suyo sin herirme; contesté á la agresión, y sin esperar el resultado salí huyendo.

Hubo una pausa. Slaney dejó caer la cabeza y permaneció unos segundos con la barba clavada en el pecho; luego, levantándola, continuó:

—Os he dicho la verdad, toda la verdad. Y os juro que no volví á saber más de lo ocurrido hasta que vuestra carta me ha hecho caer como un imbécil en el lazo.

En aquel momento aparecieron en la puerta dos policías. El inspector se levantó, y apoyando la mano en el hombro de Slaney, dijo:

—Vamos. Ya es hora de partir.

—¿No podía verla antes de marchar?

—No; no puede ser. Sr. Holmes, no puedo expresaros cuanto es mi agradecimiento y cuanta sería mi alegría si os pudiera tener siempre á mi lado en ocasiones como ésta.

ce, iremos paseando hasta la estación. El tren sale á las tres y cuarenta, y, por lo tanto, llegaremos á Baker Street á la hora de comer.

Dos palabras para terminar. El americano Abe Slaney fué condenado á muerte; pero gracias á un indulto se le conmutó la pena por la de trabajos forzados á perpetuidad. Respecto á la señora Hilton Cubitt, recobró la salud pasado mucho tiempo, y el resto de su vida permaneció viuda y consagrada á hacer obras de caridad.

Holmes y yo nos asomamos á la ventana y vimos desaparecer el coche que conducía al asesino.

Luego volví la vista hacia el interior y mis ojos tropezaron con la carta que Holmes enviara á Slaney y que éste había dejado encima de la mesa.

—Haber si podéis descifrarla, Watson—dijo Holmes sonriendo.

Cogí el papel y ví lo siguiente (figura 8.^a)

—Haciendo uso de la clave que os he dicho—continuó mi compañero—veréis que todo eso quiere decir: «Venid cuanto antes.» Yo estaba completamente seguro de que Slaney no dejaría de acudir á la cita, puesto que juzgaría la carta como de Elsie, no imaginándose que nadie supiera su secreto. Ya véis, amigo Watson, como esos monigotes que tantas veces fueron cómplices del mal, han servido

una vez para el bien y la justicia. Ahora, si os pare-

